

CONVERGENCIA DE INDICADORES SOCIALES EN EUROPA: EL CASO DE LA FAMILIA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano *

Diversos centros de investigación, sobre todo el *Wissenschaftszentrum* de Berlín y *Zuma* de Mannheim, tienen en marcha actualmente programas para diseñar un sistema europeo de indicadores que valga para satisfacer las necesidades presentes y que supere los antiguos estudios de la OCDE sobre las preocupaciones sociales de los ciudadanos y otros intentos, coetáneos o posteriores, más o menos aislados.

Huelga insistir en el hecho de que los indicadores sociales suelen arrojar unas ordenaciones de países que difieren bastante de las que se consiguen jerarquizando el PIB o el PPC. Hoy contamos, entre otros, con el índice de desarrollo humano (IDH), obtenido para 175 países, de cuya edición de 1998 me he permitido entresacar los valores correspondientes a los once países de la UE, que nuestro compañero Rafael Termes nos mostró recientemente ordenados según el PPC que, aunque se basa en el PIB, lo hace con algunos ajustes.

Naturalmente, se pueden hacer múltiples observaciones acerca de los indicadores que se usan para establecer el IDH y, en general, sobre los indicadores sociales, que por lo común son tanto o más complejos que los económicos y menos asequibles, por no publicarse con una regularidad comparable a los que se recogen en las fuentes de datos económicos. Baste señalar aquí que «el IDH valora el logro general en un país respecto de tres dimensiones básicas del desarrollo huma-

* Sesión del día 1 de diciembre de 1998.

no: la longevidad, los conocimientos y un nivel decente de vida. Se mide por la esperanza de vida, el logro educacional (alfabetización de adultos y matriculación primaria, secundaria y terciaria combinadas) y el ingreso ajustado¹. Fue construido por el economista paquistaní Mahbub ul Haq, fallecido el verano pasado, y se publica anualmente desde 1990.

CUADRO 1
*Ordenación de los once países de la Unión Monetaria Europea
según el poder de compra corriente (1997) y el índice de desarrollo humano (1995)*

<i>Orden</i>	<i>Valor PPC</i>	<i>Valor IDH</i>	<i>Orden IDH</i>
1. Luxemburgo	31.500	0,900	10
2. Bélgica	21.456	0,933	5
3. Austria	21.349	0,933	6
4. Alemania	20.844	0,925	8
5. Holanda	19.844	0,941	3
6. Francia	19.797	0,946	1
7. Italia	19.210	0,922	9
8. Finlandia	18.726	0,942	2
9. Irlanda	18.389	0,930	7
10. España	14.908	0,935	4
11. Portugal	13.415	0,892	11

Fuente: Banco de España. *Cuentas Financieras Economía Española* (1988-1997); PNUD: *Informe sobre desarrollo humano*, Ediciones Mundi-Prensa, 1998, pág. 20.

Como puede comprobarse en el cuadro 1, solamente Portugal ocupa el mismo puesto en las ordenaciones del PPC y del IDH, el undécimo, mientras que Francia, que estaba en el sexto lugar en aquélla pasa a ser la primera en la del IDH, seguida de Finlandia y Holanda. Nuestro país, que según el PPC se sitúa el penúltimo, es el cuarto por el IDH, mientras que Luxemburgo, que era el primero en PPC, pasa a ser el décimo en IDH. Todo lo cual no supone ninguna demostración de la superioridad de un índice sobre el otro, pero sí facilita la toma de conciencia de que no pueden hacerse demasiadas generalizaciones sobre la base de ninguno y confirma que cualquier preferencia es siempre relativa.

LA CONVERGENCIA GENERAL EUROPEA

Pero voy a mi tema. Diversos estudios importantes, cuyo objetivo es com-

¹ PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 1998*, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, 1998, pág. 15.

parar las tendencias sociales en las sociedades industriales, alcanzan la conclusión de que existe un movimiento general de convergencia en muchos campos: la religión y la secularización, la educación, el empleo, el consumo, el descenso de la radicalización política, la solución arbitrada de los conflictos y otros, y lo mismo se aplica en el campo de la familia a las sociedades europeas, donde hay sin duda convergencia, aunque Caplow, Mendras y otros autores observan que hay también divergencias y singularidades ².

Tras hacer un análisis matricial de unas 78 tendencias estudiadas en las primeras cuatro sociedades incluidas en el proyecto de Cartografía Comparada del Cambio Social (CCCS), Langlois y Forsé afirman que «con mucha frecuencia, los análisis clásicos comparados del cambio social llegan a la conclusión, más o menos embarazosa, de que en los procesos estudiados hay siempre una mezcla de convergencia y divergencia. La razón de esta confusión es que las grandes divergencias entre las sociedades industriales son excepcionales, y más todavía la convergencia absoluta. A menudo, las diferencias ocultan semejanzas o, lo que viene a ser lo mismo, las semejanzas enmascaran diferencias. A esto es a lo que nosotros le llamamos una singularidad. Este fenómeno solamente se puede entender si uno recolecta de modo sistemático cada elemento analizado en una subestructura» ³.

Como Theodore Caplow y Henri Mendras advierten con razón, «el concepto de singularidad nos ayuda a visualizar el “sutil equilibrio” que existe entre convergencia y divergencia» ⁴, pero es incapaz de predecir siempre las reacciones ante determinadas tendencias en cada sociedad particular. Tómese, por ejemplo, el descenso de la fecundidad en las sociedades europeas durante los años sesenta, que generalmente se asocia con el mismo conjunto de factores causales: la mejora de los medios anticonceptivos; la entrada de las mujeres casadas en la fuerza de trabajo; la igualación de los sexos; la aceptación social de las uniones consensuales; el cambio del trabajo de cuello azul al trabajo de cuello blanco; la emergencia del movimiento feminista, que impulsó a las mujeres a emplearse; el retraso de la edad de matrimonio; el aumento del divorcio y de la ilegitimidad, y la creciente inci-

² SIMON LANGLOIS y SALUSTIANO DEL CAMPO (eds.): *¿Convergencia o divergencia?. Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales*, Fundación BBV, Madrid, 1994. Las citas de esta obra se hacen según la edición inglesa de Campus Verlag, McGill's Queen's University, Montreal, 1994, editada por SIMON LANGLOIS. Ver también MICHEL FORSÉ, «Convergences et diversités des sociétés européennes occidentales», *Observations et diagnostics économiques*, 30, enero 1990, págs. 63-83.

³ MICHEL FORSÉ y SIMON LANGLOIS, «Comparative Structural Analysis of Social Change in France and Quebec», en SIMON LANGLOIS (ed.), *op. cit.*, pág. 19.

⁴ THEODORE CAPLOW y HENRI MENDRAS, «Convergence or divergence?», en SIMON LANGLOIS (ed.), *op. cit.*, págs. 19-20.

dencia del aborto y de la esterilización, entre otros. Por el momento, no hay manera alguna de asignar una ponderación relativa a estos factores, o de evaluar la influencia complementaria de tendencias que se refuerzan mutuamente.

Aunque cada uno de los cambios antes mencionados eran identificables en las cuatro sociedades analizadas –Estados Unidos, Canadá, Francia y Alemania–, sus interacciones diferían de una sociedad a otra. Análogamente, la convergencia entre tendencias que observamos ahora en las sociedades europeas no implica que sus futuros respectivos vayan a ser uniformes, ya que sus diferencias están vinculadas de modo inextricable a lo que tienen en común, y por ello convergen y divergen simultáneamente, al mismo tiempo que se configuran sus singularidades⁵.

La aplicación de este esquema a la familia europea debe iniciarse recordando la contribución precursora de Louis Roussel, quien, en su artículo de 1992 sobre convergencia y divergencia en la familia occidental europea, comparó indicadores de la fecundidad, la nupcialidad, el divorcio y la edad de matrimonio en 16 países desde 1965 hasta 1988. Su conclusión principal fue la de que inicialmente todo parecía anunciar el triunfo general del tipo de familia parsoniano, cuyas principales características eran: tamaño medio, estable, asimétrica y muy institucionalizada⁶. Es decir, algo muy alejado de la pluralidad de formas de familia que prevalece hoy en nuestro continente.

De hecho, las diferencias observadas por él en torno a 1988, en especial las relativas a la cohabitación, eran ya grandes entre los países del Sur, los nórdicos y los centrales y occidentales. Al comparar los países del Norte con los del Sur, Roussel descubrió que España, Italia, Portugal y Grecia tenían baja fecundidad, baja divorcialidad, baja cohabitación y bajo número de nacimientos extramatrimoniales, mientras que en Dinamarca y Suecia la fecundidad era relativamente alta, la divorcialidad y la cohabitación eran altas y los nacimientos extramatrimoniales muchos o bastantes. Los indicadores correspondientes al resto de los países occidentales y centrales de Europa eran más ambiguos y aparecían mezclados y, sin embargo, entre 1965 y 1988 esta situación tendía hacia la convergencia. Así pasaba con el descenso de la fecundidad y de la nupcialidad, y con el aumento de la divorcialidad y de los nacimientos extramatrimoniales.

⁵ Ver THEODORE CAPLOW, «Trends and contexts: The principle of singularity», *International Journal of Comparative Sociology*, vol. XXXIX, núm. 1, febrero 1998.

⁶ LOUIS ROUSSEL, «La famille en Europe Occidentale: Divergences et convergences», *Population* 1, 1992, págs. 133-152.

CUADRO 2
Variables demográficas y de empleo (EU 15)

<i>Variables</i>	<i>x̄</i>	<i>SEC</i>	<i>NEC</i>	<i>D</i>
1. Estructura de edades de la población				
< 15	17	(15-18)	(18-19)	(-)
> 60	21	(20-22)	(20-22)	
2. Tasa de actividad				
Hombres	66	(62-70)	(65-72)	(-)
Mujeres	45	(35-49)	(55-59)	(--)
3. Tasa de empleo (15-64)				
Hombres		(61-73)	(62-81)	(-)
Mujeres		(32-54)	(58-69)	(--)
4. Trabajadores a tiempo parcial				
Hombres	5	(3-5)	(8-11)	(--)
Mujeres	31	(13-17)	(16-40)	(---)
5. Trabajo involuntario a tiempo parcial				
Hombres	27	(15-52)	(12-35)	(--)
Mujeres	17	(23-34)	(15-44)	(---)
6. Tasa de paro				
Hombres	10	(6-18)	(5-15)	(-)
Mujeres	13	(8-30)	(7-16)	(--)
7. Parados de larga duración				
Hombres	46	(46-64)	(22-41)	(--)
Mujeres	50	(54-67)	(16-31)	(---)
8. < 25 años				
Hombres	37	(37-63)	(6-13)	(---)
Mujeres	41	(40-66)	(8-13)	(---)

$\bar{x}$ = Media; SEC = Países del Sur de Europa; NEC = Países del Norte de Europa; Diferencias = pequeña (-); grande (--); muy grande (---).

Fuente: Eurostat, *Living Conditions in Europe Selected Social Indicators*, diciembre 1997. Luxemburgo, 1998.

Su análisis dejó patente que era significativa la distinción en Europa, a estos efectos, de tres grupos de países: Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca en el Norte; Portugal, España, Italia y Grecia en el Sur, y los países centrales. Puso también de relieve que las nuevas pautas de conducta son resultados de procesos nacionales, y que su difusión empezó en los países escandinavos y avanzó más rápidamente hacia el Sur que en ninguna otra dirección. Las últimas series de buen número de indicadores familiares, correspondientes a 1994-1995, muestran que las diferencias persisten, pero que no son ya las mismas. Como se ve en el cuadro 2, las mayores diferencias actuales se relacionan con el empleo y el paro, que son más bajos y más altos respectivamente en los países del Sur que en los del Norte. Especialmente digna de mención es la muy desfavorable situación de las mujeres mediterráneas, que tienen tasas más bajas de empleo y más altas de paro, así como menos trabajos a tiempo parcial.

Estos hechos atraen nuestra atención hacia la desigualdad de las mujeres respecto de los hombres en los países mediterráneos, y hacia el contraste entre su situación y la más igualitaria que disfrutaban las mujeres nórdicas. En los países del Sur de Europa, los roles femeninos son todavía bastante diferentes de los masculinos, y las mujeres siguen siendo asignadas a posiciones inferiores, a pesar de los progresos que han hecho en épocas recientes. Resulta incuestionable que el lugar de las mujeres en la sociedad no es ya materia de debate en los países escandinavos, mientras que sí lo es, y bastante, en los mediterráneos. En España, por ejemplo, más de la mitad de las mujeres inactivas querrían trabajar y sienten la privación de no poder hacerlo, mientras que en Dinamarca su inactividad, cuando existe, es el resultado de una acción libre más que una condición que las mujeres se ven obligadas a aceptar.

Todo esto sugiere que, cuando los roles de los hombres y de las mujeres se aproximan, se modifican la fecundidad y otras características de la vida familiar. La nueva comprensión del comportamiento reproductivo trae consigo un cambio en los conceptos de masculinidad y feminidad, principalmente porque los medios anticonceptivos modernos, que fueron introducidos en los años sesenta, están bajo el control de las mujeres, mientras que sus oportunidades laborales siguen siendo escasas o inadecuadas. Tal vez no sea del todo inapropiado designar esta asociación de variables como *efecto Lisístrata*, a causa de su influencia en la concepción, aunque no necesariamente en el contacto sexual como en la vieja comedia griega de Aristófanes.

Si ahora nos concentramos en el examen de las variables de los hogares y de las familias que se incluyen en el cuadro 3, podemos apreciar otras muchas diferencias entre los países del Norte y los del Sur. El número medio de personas por hogar es más bajo en los nórdicos (Suecia = 2,1), dado que Irlanda, Grecia, España y Portugal sobrepasan todos las tres personas por hogar. En consonancia con ello, la proporción de hogares unifamiliares es tres veces más alta en Suecia que en España, Grecia y Portugal. Sin embargo, en la medida en que la fecundidad siga declinando, estas cifras seguirán convergiendo en Europa.

La información sobre los hogares que proporciona el panel de hogares de la Unión Europea (ECHP) revela que los adultos de más de 65 años que viven solos abundan menos en Grecia, España, Portugal e Italia (3-4 %) que en Dinamarca, Suecia, Reino Unido y Alemania (8-11 %). Y la misma observación es aplicable a los solteros jóvenes y de edades medias. Incluso las parejas en las que una de las personas es mayor de 65 años son menos frecuentes en el Sur de Europa y en Irlanda. En contraposición con estos datos, la categoría de familias extensas, que inclu-

CUADRO 3
Variables de hogares y familias

<i>Variables</i>	<i>x</i>	<i>SEC</i>	<i>NEC</i>	<i>D</i>
1. Tamaño medio de hogar				
1985	2,6	(2,9-30)	(2,2-2,6)	(-)
1995	2,6	(2,7-3,2)	(2,0 = 2,3)	(--)
2. Hogares unipersonales (%)	13,2	(5,4-9,1)	(16,8-22,5)	(---)
3. Matrimonio				
1970	7,6	(7,5-9,4)	(5,1-7,9)	(--)
1995	5,1	(5,0-6,6)	(3,8-6,6)	(-)
4. Cohabitación (%)		2,3	2,5	(---)
5. Divorcio				
1970	1,0	(0,1-0,4)	(1,7-2,5)	(---)
1995	1,8	(0,5-1,2)	(2,5-2,7)	(---)
6. Anticoncepción (%)				
Total	-	59	78	(--)
Modern	-	38	71	(--)
7. Fecundidad				
1960	2,6	(2,3-3,1)	(2,2-2,7)	Cambio radical del Sur
1995	1,4	(1,2-1,4)	(1,7-1,8)	
8. Nacimientos extramatrimoniales (%)				
1970	6	(1-7)	(6-19)	(--)
1995	23	(3-19)	(33-53)	(---)
9. Edad promedio de las mujeres al dar a luz				
1970	27,5	28,3	(26,7-27,1)	(-)
1995	28,9	(28,1-29,7)	(29,2-29,3)	(-)
10. Familias monoparentales (%)				
1980	-	(4,4-11,6)	18,1	(---)
1990	-	(28,1-29,7)	(29,2-29,3)	(-)
11. Hijos que viven con uno de los padres (%)	9	(4-7)	8	(---)

Ver cuadro 2, notas y fuente.

ye a las familias de tres generaciones y a los hogares con familiares u otras personas viviendo en ellos, son más frecuentes en el Sur y extremadamente raros en Dinamarca, Suecia, Holanda y Finlandia.

Estos datos indican que los hogares de los países del Sur contienen una buena parte de los jóvenes adultos, así como de la generación vieja. Cabe suponer que los miembros de estos hogares ampliados tienen con frecuencia bajos ingresos relativos o pensiones, o que están estudiando o en paro. En estos casos, la familia extensa del Sur sirve de apoyo a los individuos y, como contraste, en el Norte hallamos proporciones inferiores de adultos jóvenes viviendo con sus padres, y la emancipación y la salida del hogar ocurren a una edad relativamente independiente del trabajo y de las familias. En el Sur, la salida sucede mucho más

tarde y está relacionada con el trabajo, con los ingresos y con la formación de una nueva familia.

En resumen, a la vista de la información contenida en los cuadros 2 y 3, cabe afirmar que la *divergencia* entre el Norte y el Sur de Europa es patente en el trabajo a tiempo parcial de las mujeres, en el paro de larga duración de las mujeres de todas las edades y de los hombres menores de 25 años, en el número de hogares unipersonales y en el de cohabitaciones, en la frecuencia de los divorcios y de los nacimientos extramatrimoniales, en la abundancia de las familias monoparentales y en el número de hijos que permanecen hasta una edad tardía en el hogar paterno.

Con la vista puesta en el futuro, sin embargo, lo principal no es tanto que las diferencias que ahora existen entre los países nórdicos y meridionales de Europa vayan o no a persistir, sino que no sabemos lo que realmente significan. Las observamos, pero no podemos predecir con confianza a partir de nuestras observaciones. De los tres principales tipos de familia presentes a finales del siglo xx –la conyugal, la monoparental y la recompuesta–, la primera es la más frecuente en el Sur de Europa, mientras que los otros dos tipos, más las parejas cohabitantes y los hogares unipersonales, abundan más en el Norte.

CONVERGENCIA INTRARREGIONAL

Una forma de abordar la dificultad antes señalada consiste en construir con los indicadores disponibles una tipología en la que convencionalmente asignaremos a la familia mediterránea la calificación de tradicional, frente a la de post-moderna que algunos autores dan a la nórdica⁷. Esto es precisamente lo que ha hecho el sociólogo sueco Joachim Vogel en su estudio, todavía inédito, sobre la «combinación del bienestar», esto es, sobre la triple composición institucional de la provisión de los servicios de bienestar social en las sociedades europeas por el Estado, el mercado y la familia⁸.

⁷ DAVID POPENOE, *Disturbing the nest. Family change and decline in modern societies*, Aldine de Gruyter, Nueva York, 1988, pág. 295 y sigs.

⁸ JOACHIM VOGEL, «The european welfare mix: Institutional configuration and distributive outcome in Sweden and the European Union. A longitudinal and comparative perspective» (Trabajo presentado en la Conferencia de la International Society for Quality of Life Studies, Charlotte, N.C., USA, 20-23 noviembre, 1997. Ver también Leif Somed, «Living conditions and inequality in Sweden; National trends 1975-1995 and comparisons with mid-1990 estimates for the European Union», *Sinet*, núm. 53, febrero 1998, págs. 1-10.

El sistema familiar asigna responsabilidades personales por el bienestar de los miembros de la familia y de los parientes próximos y ,en este sentido, puede ser considerado como una institución de bienestar paralela al sector público, aunque con diferentes características retributivas, en especial porque proporciona también beneficios no materiales, tales como vínculos emocionales, identidad y seguridad personal.

Comoquiera que ejerce control social y delimita las oportunidades personales, la regresión gradual de la familia tradicional va de la mano de la evolución del Estado de bienestar. Los sistemas de transferencias y los servicios públicos reducen la dependencia familiar de los individuos y prestan apoyo al empleo femenino y a la vida de las mujeres fuera del hogar. Al mismo tiempo, las demandas que proceden de la vida extradoméstica, incluidos el empleo a tiempo completo y la independencia económica, constituyen el impulso principal de la expansión del sector público.

Esta interdependencia de la familia y del Estado de bienestar se hace evidente si manejamos las estadísticas que corresponden a las agrupaciones de Estados que antes hemos hecho (cuadro 4). En el grupo meridional coinciden las pautas de la familia tradicional y un cierto Estado de bienestar rudimentario, mientras que en los Estados nórdicos y centrales de Europa coinciden débiles vínculos familiares y un potente Estado de bienestar.

Para probar empíricamente estas proposiciones, Vogel acomete la construcción de un índice de familia tradicional utilizando los cinco indicadores siguientes:

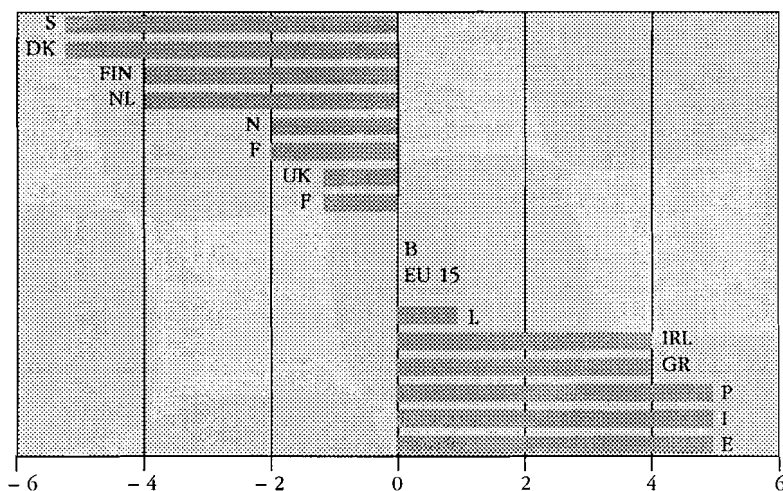
1. El tamaño medio de los hogares del país.
2. El porcentaje de adultos solitarios entre 30 y 64 años, es decir, después del período de formación de la familia y antes de que la mortalidad aumente la proporción de solitarios.
3. El porcentaje de adultos que viven en unión consensual.
4. El porcentaje de jóvenes adultos de menos de 30 años que permanecen aún con sus padres.
5. El porcentaje de adultos que viven en familias extensas, principalmente familias de tres generaciones.

CUADRO 4
Indicadores del Estado de bienestar y características de las familias

	Grupo nórdico				Grupo central						Grupo meridional				
	DK	FIN	S	N	B	D	F	IRL	L	NL	UK	GR	E	I	P
Estado de bienestar															
<i>Impuestos y contribuciones sociales:</i>															
— Como porcentaje del PIB (1995)	51,3	46,3	51,5	—	46,8	42,6	44,6	36,3	43,3	45,4	34,9	32,8	34,8	40,7	36,1
<i>Impuestos y contribuciones sociales:</i>															
— Como porcentaje del PIB	33,7	34,8	37,2	—	27,0	30,8	30,5	21,1	24,9	32,3	28,1	16,0	23,6	25,3	19,5
— ECU per cápita (en PPC)	6.374	5.262	6.126	—	5.052	5.514	5.500	2.873	6.674	5.536	4.649	1.645	3.020	4.312	2.163
Características familiares															
— Tamaño medio de hogar	2,2	2,4	2,1	2,4	2,5	2,5	2,6	3,3	2,6	2,4	2,5	3,0	3,3	2,8	3,1
— Solteros 30-64 años	24,5	24,4	23,4	18,2	19,1	18,7	18,9	21,3	18,1	23,1	19,5	14,5	16,3	15,6	15,8
— Uniones consensuales	15,6	—	15,5	8,5	6,6	4,5	9,3	1,4	7,0	—	7,3	1,1	2,1	2,5	1,6
— Personas de 16 a 30 años que viven con los padres	24,7	22,6	34,1	25,0	53,3	33,1	41,1	55,7	37,3	34,6	34,0	42,9	59,1	65,1	56,3
— Personas en familias extensas	1,9	1,3	1,3	8,5	4,9	12,2	5,4	13,2	13,5	1,8	9,0	21,7	17,2	14,1	18,9
— Índice de familia tradicional	— 5	— 4	— 5	— 2	0	— 2	— 1	+ 4	+ 1	— 4	— 1	+ 4	+ 5	+ 5	+ 5

Fuente: Joachim Vogel, «The european welfare mix...», *op. cit.*

GRÁFICO 1
Índice de familia tradicional



Fuente: Joachim Vogen, *op. cit.*

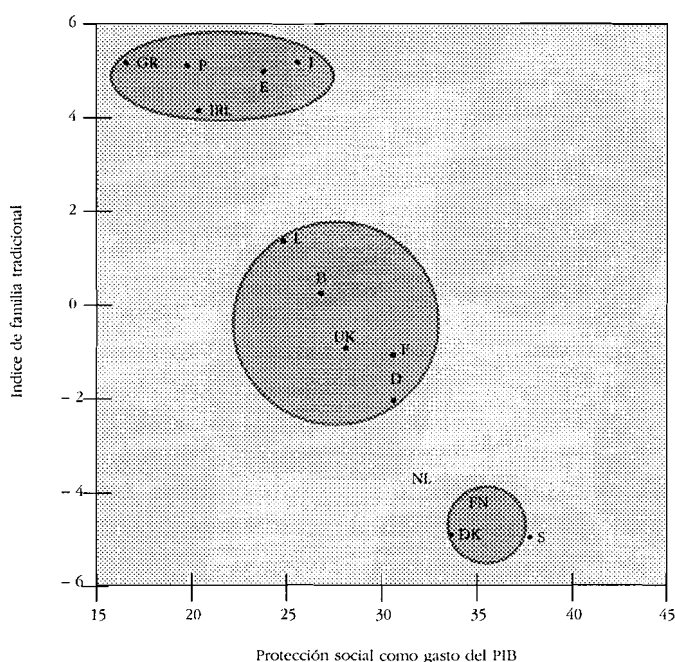
Todos los países europeos fueron clasificados, según estos cinco indicadores, en tres grupos de aproximadamente igual tamaño (alto, medio y bajo), con puntuaciones -1 ó $+1$ que se sumaron después. El gráfico 1 muestra los resultados de estas operaciones, que revelan la existencia de un cierto régimen de bienestar, modesto, a cargo de fuertes sistemas familiares en el Sur (España, Italia, Portugal, Grecia) y en Irlanda, que son todos países católicos. Este agrupamiento de países difiere de los otros dos. En el extremo opuesto se sitúa el agrupamiento nórdico, con lazos familiares débiles, que incluye a Suecia, Dinamarca, Finlandia y Holanda, mientras que el intermedio abarca a los restantes países centrales europeos y a Noruega.

La estabilidad de la clasificación de la práctica totalidad de los indicadores prueba la existencia de un factor subyacente que influye en los componentes del índice, aunque, incluso cuando las diferencias son claras, no conviene olvidar que la familia nuclear sigue siendo mayoritaria en todos los estados miembros de la UE.

La investigación de Vogel sobre la «combinación del bienestar» confirma que en Europa existen similitudes considerables entre grupos de países y disimilitudes entre regiones. La región nórdica (Suecia, Dinamarca y Finlandia) y la región meridional europea (Grecia, Italia, España y Portugal) presentan caracterís-

ticas distintas en las tres instituciones de bienestar. La región central, compuesta por los restantes estados miembros de la Unión Europea (Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Reino Unido e Irlanda), se sitúa en una posición intermedia en todos los aspectos. Los estados integrantes de cada una de estas tres regiones se clasifican, por lo general, en las mismas categorías institucionales, lo cual quiere decir que los que pertenecen a un grupo presentan aproximadamente idénticas combinaciones de proveedores de bienestar. Sin embargo, hay algunas excepciones que se describen a continuación, haciendo referencia al índice de familia tradicional.

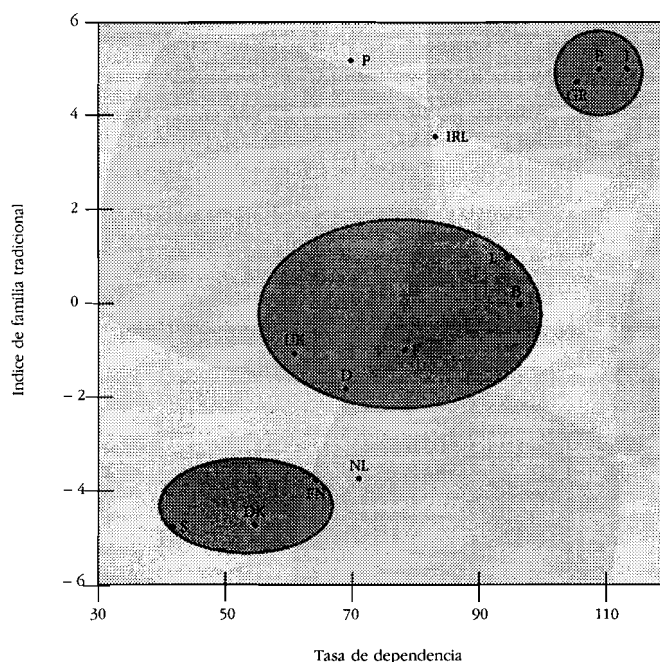
GRÁFICO 2
Combinación europea de bienestar: interrelación entre mercado y familia
Estados miembros de la UE 1994



Fuente: Joachim Vogel, *op. cit.*

El gráfico 2 ordena a los países según el índice de familia tradicional y los gastos de protección social, situándose todas las naciones, salvo Holanda, de acuerdo con lo esperado. El gasto en protección social se calcula por el nuevo ESSPROS armonizado, y la clasificación familiar de Holanda resulta plausible. En el gráfico 3 se relaciona el índice de familia tradicional con la tasa de dependencia –población

GRÁFICO 3
Combinación europea de bienestar: la interrelación entre la familia y el mercado
Estados miembros de la UE 1994



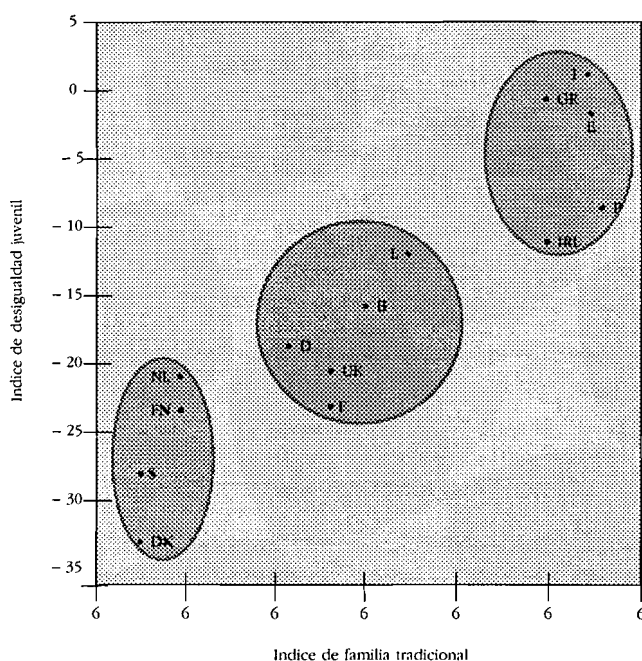
Fuente: Joachim Vogel, *op. cit.*

inactiva sobre población activa—, y otra vez aparecen tres agrupamientos homogéneos de proveedores de bienestar. Los países que se salen de la pauta son Portugal e Irlanda, y ésta se acerca al agrupamiento meridional en cuanto al empleo femenino y al rol de familia tradicional, mientras que Holanda se aproxima al grupo nórdico en lo que toca a la formación de la familia.

En resumen, este análisis nos recuerda la relación funcional que se da entre las tres instituciones de bienestar. El Estado tiene su mayor campo de acción en la región nórdica, donde todos los países poseen también el mercado laboral más completo por su eficiencia al contribuir al bienestar material de la población. El modelo sueco, o si se quiere el nórdico, combina un fuerte Estado de bienestar con políticas del mercado de trabajo que promueven el pleno empleo, iguales oportunidades y la máxima dispersión de ingresos. De hecho, en la región nórdica el mercado juega su papel más eficaz como sistema que contribuye al Estado de bienestar. Proporciona beneficios generosos, limita las necesidades de intervención social y amplía la base fiscal.

Si se mira hacia el pasado, esta simbiosis se ha debilitado en Suecia y en Finlandia durante la reciente crisis: el mercado ha reducido su contribución, y esto ha repercutido en los sistemas de transferencias y en los servicios públicos. Nuestros datos –véase el cuadro 4– prueban que todos los países nórdicos puntúan muy bajo en el tradicional apoyo familiar, lo cual puede ser una consecuencia del fuerte Estado de bienestar, de los amplios mercados laborales y de su pluralidad de formas familiares. En esta misma línea, cabe observar que el grupo meridional combina un Estado de bienestar débil y un mercado débil con una tradición familiar fuerte. En él existe una relación funcional entre la necesidad de una red social de apoyo y la existencia de familias fuertes, y débiles mercado y Estado de bienestar.

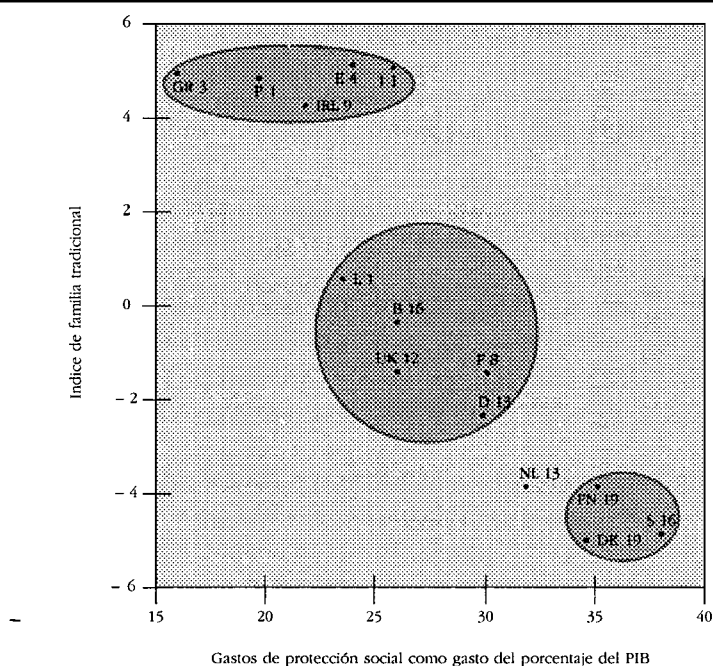
GRÁFICO 4
Desigualdad entre los jóvenes (20-29) y las personas adultas (45-64)
Países de la UE, 1994



Fuente: Joachim Vogel, *op. cit.*

Pero la importancia del índice de familia tradicional puede verse también en cuanto concierne a las desigualdades entre las generaciones. Así, los gráficos 4 y 5 muestran cómo la agrupación de los países meridionales e Irlanda exhibe bajos

GRÁFICO 5
*Desigualdad entre generaciones (65-84 frente a 45-64 años) y configuración
 institucional de los sistemas de bienestar (Estado del bienestar y familia)*
 UE, 1994



Fuente: Joachim Vogel, *op. cit.*

niveles de desigualdad generacional o, lo que es lo mismo, de covariación entre los jóvenes de 20 a 29 años y los viejos de 65 a 84 en comparación con los de 45 a 64 años. Esta covariación implica que los estados del bienestar nórdicos son menos eficientes en la limitación de las desigualdades en las condiciones de vida material de las generaciones que los estados de bienestar familiaristas del Sur.

Las pautas de desigualdad material en cada uno de los estados miembros de la Unión Europea se relacionan con la configuración singular de los tres sistemas de provisión de bienestar, a saber: el basado en el mercado laboral, el basado en el Estado de bienestar y el basado en la familia. Combinaciones institucionales semejantes, las tres repetidas tantas veces ya, deben producir resultados de bienestar similares para los individuos.

Todos los Estados de bienestar fuertes (los países nórdicos) se caracterizan también por poseer mercados laborales muy amplios y proveedores de bien-

estar, mientras que sus instituciones familiares son muy débiles. La agrupación meridional de países, en cambio, tiene estados de bienestar débiles y mercados laborales también débiles, pero sus sistemas familiares tradicionales son fuertes. A su vez, los países centrales europeos se hallan, con muy pocas excepciones, en una situación intermedia respecto a las tres instituciones.

Esta uniformidad dentro de los grupos subraya la interrelación entre las instituciones. Los Estados de bienestar fuertes tienen también amplios mercados laborales, que movilizan a una gran parte de la población y proporcionan ingresos a la casi totalidad de los adultos. Esta simbiosis entre Estado y mercado es una precondición para la batalla contra la pobreza, la exclusión social y la desigualdad general. El mercado laboral amplio produce una base impositiva capaz de financiar un gran Estado de bienestar, así como de poner límites a la necesidad de intervención social. En consecuencia, las políticas de mercado activas y ambiciosas juegan un papel muy importante en los Estados de bienestar avanzados. En realidad, dondequiera que puntúa alto una de estas instituciones, lo hace también la otra.

En el grupo de los países del Sur encontramos, salvo en Portugal, mercados de trabajo débiles, y en ellos la familia tradicional desempeña un papel importante como institución de bienestar. El tamaño del hogar es mucho mayor, un gran porcentaje de la población vive en hogares extensos, la emancipación de los jóvenes llega más tarde, una buena cantidad de viejos se va a vivir con sus hijos, las tasas de divorciados son inferiores y más personas viven en hogares solitarios. La familia tradicional es la alternativa funcional cuando el mercado y el Estado de bienestar no proporcionan los niveles de vida básicos. Por otra parte, la formación tradicional de las familias y sus roles de género conducen a bajas tasas de empleo y, consecuentemente, a un Estado de bienestar débil.

Un análisis paralelo puede hacerse de la desigualdad entre generaciones en el contexto institucional mercado/familia. Los países nórdicos presentan mayores desigualdades generacionales, y su relación con el rol de la familia es bastante claro. Una vez más, la familia y el Estado de bienestar aparecen como alternativas funcionales, cada una con sus características distributivas propias.

Y debo terminar insistiendo en algo que ya he dicho antes. En los países nórdicos, el mercado de trabajo desempeña el papel más eficiente como sistema proveedor de bienestar. Además, en ellos el mercado de trabajo ensancha la base impositiva y pone límites a las necesidades de intervención social. Por otro lado, los Estados del Sur de Europa combinan un Estado de bienestar débil y un mercado de trabajo reducido con una tradición familiar fuerte. En ellos, el apoyo familiar

es la alternativa funcional a un mercado y a un Estado que no son buenos proveedores de bienestar. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucede en los países nórdicos, donde se registran los niveles más bajos de desigualdad de ingresos, de clase y de pobreza, la familia tradicional no puede reducir ni la desigualdad de rentas ni la pobreza con tanta eficiencia como el Estado de bienestar y, por esta razón, exhibe mayores tasas de desigualdad de rentas y de pobreza.

A pesar de todo, sin embargo, la familia tradicional desempeña un papel importante en la reducción de la desigualdad y de la pobreza, y sobre todo de la desigualdad entre las generaciones. Así, los jóvenes adultos siguen más tiempo en el hogar de sus padres en Italia, en Grecia, en España y en Portugal, especialmente mientras siguen estudiando y antes de encontrar trabajo o de establecer una relación de pareja permanente.

Y lo mismo se aplica a los viejos, que frecuentemente se trasladan a vivir con sus hijos, sobre todo si tienen pensiones muy bajas. Esta pauta explica por qué los viejos y los adultos jóvenes tienen una posición mejor en los países del Sur que en los nórdicos, si bien conviene advertir que esta ventaja se obtiene a cambio de la dependencia personal de las mujeres, de los jóvenes y de los viejos. Algo que los países nórdicos y los centrales rechazan.

Según afirma Vogel, si se toman en consideración los últimos veinte años, la combinación de Estado de bienestar y mercado se ha debilitado en la mayor parte de los países europeos. El mercado ha reducido su contribución a la protección social, y ello ha repercutido en los sistemas de transferencias y en los servicios públicos. En torno a 1990 se cerró un largo período de expansión del Estado de bienestar y de aumento de las tasas de empleo, así como de cambio gradual hacia condiciones de vida más igualitarias. Hoy el futuro parece dominado por una convergencia hacia Estados de bienestar más reducidos, y no es del todo fácil predecir el papel que en ellos jugarán las familias, o sus plurales formas del presente.

OBSERVACIONES FINALES

Lo que en este trabajo empezó siendo una búsqueda de convergencias entre indicadores disponibles en el campo de la familia no ha dado como resultado ninguna frustración. En efecto, se aprecian convergencias y divergencias en los indicadores, pero el proceso no aparece firme en muchos casos. Por el contrario, la utilización de un índice de familia tradicional como proveedora que ésta es de bienestar en las sociedades europeas pone de manifiesto que en Europa existen

procesos intrarregionales de convergencia, y a su vez, acusadas divergencias interregionales. En este sentido, la división de Europa en tres regiones –Norte, Sur y centro– puede servir para analizar adecuadamente lo que de verdad está pasando en nuestro continente, relegando a un segundo término cualquier idea más general y globalizadora.